



Josela Gil Navarro
Religiosa de Jesús-María destinada en Haití

«Isa Solà ha generado mucha vida en Haití»

Cuando pensamos en Haití rápidamente nos viene a la mente el 12 de enero de 2010 cuando un terremoto de 7,3 grados convirtió el país en un verdadero infierno. Más de 300.000 personas fallecidas, más de 350.000 heridas, 1 millón y medio en la calle. Todo el planeta se puso en pie ante el desastre. Pero Haití ha ido haciendo camino, es un país hermoso, lleno de vida, con un impulso salido de las entrañas de Dios que ayuda a seguir siempre adelante. Para muchos, hablar de Haití es también pasar por el corazón a Isa Solà (Barcelona, 1965), la religiosa de Jesús-María asesinada en Puerto Príncipe el 2 de septiembre de 2016. Se cumplen ya dos años de aquel día, un día lleno de dolor que está dando mucha vida, de otra manera, pero vida. «La muerte de Isa Solà fue un trauma en Haití, pero hoy podemos decir que Isa ha generado mucha vida de una forma diferente». Así se expresaba Josela Gil (Madrid, 1971), religiosa de Jesús-María, que desde hace 9 meses está enviada a Puerto Príncipe con otras dos hermanas: Soledad, de Argentina, y Farzana, de Pakistán.

—Desde hace años vuestra congregación tiene tres comunidades: Puerto Príncipe, Jean Rabel y Gros Monre. Al morir Isa ¿qué ocurre?

—El impacto fue grande y muchas hermanas se ofrecieron para ir al país. En 2017 tuvimos una Conferencia General de la congregación y como gesto solidario salieron dos propuestas: un proyecto intercongregacional en Martil y un proyecto de Jesús-María en Haití.

—¿Y te ofreciste?

—No me ofrecí personalmente, fue fruto de un proceso. Llevaba tiempo haciéndome preguntas sobre lo que había vivido hasta ese momento, porque tenía la sensación de que me faltaba el aire. En la provincia de España se nos ofreció poder participar en una experiencia en Grecia, en un campo de refugiados. Por dentro me salía que yo quería ir. Me ofrecí, como otras tantas, y tuve el regalo de participar en esta experiencia preciosa y muy impactante. Cuatro religiosas de Jesús-María, durante quince días, en un campo de refugiados. Allí descubrí que todo está interconectado: lo que se hace

aquí, lo que se hace allí, en el otro lado... Esto fue en agosto de 2016. Y en septiembre falleció Isa. Sentí que esto significaba algo, pero no me ofrecí. Sin embargo, meses después, la superiora general me ofreció salir de España y tener contacto directo con la pobreza. No me dijo ni dónde ni cuándo. Mi corazón me decía: «Haití, Haití y Haití». Así que al cabo de varios meses, lo compartí con la superiora general, lo acogió y me envió.

—El 27 de noviembre de 2017 viajaste a Puerto Príncipe...

—Sí, con una sensación rarísima, tenía miedo, un miedo raro, no era paralizante, era un miedo de respeto, de no conocer. Es el miedo legítimo de dejar todo lo que ha sido para ti la seguridad, las relaciones, tu mundo... Hoy sigo teniendo incertidumbre, inseguridad, me veo muy limitada en conocimiento, idioma, el contexto... pero ya sé dónde estoy, ya conozco estos miedos. Tengo una intuición fuerte de que Dios sabrá. Nosotras hemos ido por dos años, pero después cada una de nosotras verá cómo



lo va viviendo... La gente me pregunta ¿qué tal? Y da la sensación de que he dado el salto y de que he encontrado la felicidad plena. Yo estoy bien, en el sentido hondo de estar bien, pero eso no quita que haya habido momentos de preguntarme ¿pero qué hago aquí? Sin embargo, Dios quiere que esté aquí y El sabe por qué. Pero lo que vivió Isa debió de ser doblemente duro, porque estaba sola. Ella hablaba con mucha intensidad de lo que el pueblo haitiano le había enseñado. Pues yo quiero vivir eso.

—¿Qué te encontraste al llegar?

—Puedo decir que al llegar me encontré muchísima vida. La muerte de Isa ha generado mucha vida. En mi historia personal Isa ha sido clave, pero no solo en la mía, también en la de mucha otra gente. He visto muy claro que la vida no acaba con la muerte, así se demostró en Haití y en España. Ahora vivimos en la misma casa en la que ella vivía y seguimos con los proyectos que ya había.

—Háblanos de esos proyectos.

—Tras el terremoto, viendo la necesidad, y con la formación que tenía de enfermera, Isa creó un taller de prótesis, gracias a un grupo de Barcelona que la apoyaba económica y humanamente. Además, creó una clínica móvil (*Mobiklin*) que se desplazaba de vez en cuando a diferentes lugares de necesidad; y esto con voluntarios de la familia Jesús-María que movilizó. Estaba muy involucrada en la parroquia y en apadrinamientos de niños. Y lo último que tenía en mente era construir un colegio.

—Isa era emprendedora...

—Sí, sí, sí. Una gran mujer. Ella tuvo la idea de fabricar prótesis y a través de varias fundaciones y congregaciones se puso en marcha el llamado *Proyecto Haití*. Dirigía un taller de fabricación de implantes y prótesis ortopédicas. Era

el alma, la fuerza, la energía, estaba totalmente tocada por Dios y por los haitianos. Por eso, al llegar, lo primero que hicimos fue ver lo que ya se estaba haciendo. Desde el 2015 Isa ya había delegado muchas cosas a los haitianos. Pero con su muerte, vivían en incertidumbre porque el alma del proyecto ya no estaba. El equipo de Barcelona seguía, pero ya



Fotos de la unidad móvil y del taller de prótesis.

no había comunidad religiosa. Así que nuestra llegada es un empujón grande de vida. Yo, por ejemplo, estoy colaborando en el taller, pero son ellos quienes lo llevan todo. Isa lideró y después supo empoderar, acompañar, que fueran ellos mismos los protagonistas. Sole está en la Pastoral de las escuelas de Fe y Alegría, y Farzana y yo colaboramos con los Hermanos del Sagrado Corazón, en un colegio de Puerto Príncipe, para conocer, sobre todo, el mundo educativo en Haití.

El proyecto no es personal, sino comunitario; por eso, queremos compartir mucho entre nosotras. Creo que la vida religiosa va por ahí, las cosas tienen que fluir, porque hoy estoy yo y mañana está otra persona. Hay que crear estructuras, porque son importantes, pero tienen que ser abiertas.

—¿Y el colegio?

—Al llegar, entramos en contacto con el Banco Interamericano de Desarrollo, que intentaba apoyar la *Fundación Scholas Ocurrentes* para tener una sede en Haití. Así que nos ofrecieron que la fundación estuviera en nuestra casa y que nos convirtiéramos en la referencia en el país, aunque contratando a dos personas haitianas. Así que empezamos.

—Pues sí que en nueve meses se ha ido gestando mucha vida.

—Esta ha sido la mano de Isa, ¡clarísimo! ¡Clarísimo! Estamos muy ilusionadas. Será que Dios, efectivamente, quiere esto. El sueño de este curso es empezar a construir un colegio, justo a las afueras.

—¿Qué han supuesto para ti estos nueve meses en Haití? Porque el contraste es muy grande...

—Sí, hay mucho contraste. Estoy aprendiendo de la impotencia que siento, del desconocimiento del idioma, de las cosas, del día a día, de la dependencia. Cuando lo controlas todo, tienes el peligro de pensar, inconscientemente, que no necesitas a nadie. Sobre la realidad haitiana, no quiero ni voy a abundar en lo que todos podemos imaginar sobre las muchísimas necesidades del país. Me gustaría incidir en la capacidad de los haitianos para sobrevivir en situaciones tremendas. Es un país fascinante y silenciado. La miseria entra por los ojos, pero la gente saca su mejor sonrisa para acogerte. En Puerto Príncipe hay gente y gente y gente... y con lo que tienen, salen adelante.



Isa Solà fue asesinada el 2 de septiembre de 2016.

—¿El país se va recuperando?

—Sí, las personas que estuvieron en Haití durante el desastre y que ahora han vuelto, dicen que se nota el desarrollo. Es un país que se ha movido entre la dictadura y el derrocamiento, y ahora tienen una democracia, débil, pero en proceso. Es real que hay muchísima corrupción, que hay un 90% de miseria y un 10% de opulencia. Tras el terremoto, se produjeron asentamientos a las fueras de Puerto Príncipe, por ejemplo, en la zona de Canaán. A nosotras nos gustaría estar ahí, porque no hay ni hospitales ni colegios. El Gobierno expropió la zona para hacer casas y potenciar a la gente, pero se quedó sin dinero, porque parte se fue a la corrupción. Así que nos encontramos con un lugar hiperpoblado, con bloques de edificios sin terminar y que no se pueden habitar. No hay agua potable, no hay agua corriente en todas las casas. Tampoco hay electricidad 24 horas al día. Un día puedes tener tres horas; otro día, ni una.

—¿Y los haitianos no reaccionan?

—Están muy acostumbrados a sobrevivir en cualquier circunstancia, para ellos que las cosas funcionen bien un día ya es mucho. Pero hoy los jóvenes se preguntan qué está pasando, a dónde va el dinero, denuncian la corrupción. En julio se produjo una revolución en Puerto Príncipe porque el Gobierno subió un 50% el precio del combustible y fue como la gota que colmó el vaso. El nivel de violencia es tremendo. Por eso, es importante no ser superficiales con las informaciones que llegan. Los medios de comunicación no hablan de Haití... y cuando hablan, solo lo hacen para destacar la violencia o la miseria. Me ha ayudado mucho escuchar lo que han supuesto para ellos las invasiones que han vivido y que siguen viviendo. Tenemos que ser muy lúcidos y contrastar. Y no hay que ser ingenuos, hay violencia, hay armas y es necesario ser prudentes. Cuando llegan las 6 o las 7 de la tarde empieza a anochecer y es conveniente estar ya en casa. Pero Haití es mucho más. Hoy el haitiano quiere salir adelante, pero a veces no sabe cómo. Es un país manipulado por los demás. De hecho, tiene un nivel enorme de importación. Y los universitarios solo piensan en salir; por eso, son políglotas, saben español, francés e inglés.

—Los haitianos han emigrado sobre todo a Chile. En el año 2014 la cifra de migrantes era de menos de 1.800 y, sin

embargo, en abril de este año, llegaron hasta los 120.000.

—Sí, tenían las fronteras abiertas, aunque están empezando a cerrarlas. En agosto el Gobierno de Chile pidió al Organismo de las Naciones Unidas para la Migración (OIM) que crease un centro de servicios para visas de Chile en Haití. El 20 de agosto abrió sus puertas con el fin de encontrar una solución a la oleada de extranjeros sin documentación.

—¿Y la realidad eclesial?

—Creen profundamente en la Providencia. Hoy tienen para comer y comen; mañana, no lo saben, pero confían y seguro que tendrán. No culpan a Dios de lo que les pasa. Nadie dice ¿por qué Dios ha permitido esto? Pero esta realidad me contrasta con la cantidad de iglesias nuevas y ostentosas que se han construido, como un signo de poder. De todas formas, ya se percibe la mala influencia de Occidente: hoy los jóvenes ya no tienen la devoción de sus mayores. Aún así, es un país muy religioso, tenemos mucho que aprender.

Josela se deja fotografiar con la imagen de su fundadora, **Claudina Thévenet**, en el colegio de Juan Bravo de Madrid. Sonríe. Y lo hace con autenticidad, porque allí donde la envían, disfruta de la vida. Ahora, le toca parar, echar la vista atrás, agradecer y volver a una realidad que no debiera dejarnos impasibles. ■

Silvia Rozas Barrero FI

Un libro sobre Isa Solà

La Casa del Libro de Barcelona, en Rambla de Catalunya, acogerá el próximo 22 de octubre, a las 19.00 horas, la presentación de un libro sobre la misionera Isa Solà, *Lo que no se da se pierde*. La periodista Mey Zamora ha recopilado testimonios de diferentes personas que han conocido y tratado a la religiosa. Cuando la congregación se encuentra en vísperas de la clausura, en Lyon, de su bicentenario, la editorial *Plataforma Testimonio* apuesta por el retrato de una gran mujer. ■

